

Bajo sospecha

Nataly Sajad



Capítulo 1

Cuando la policía de investigaciones científicas hizo el levantamiento del cadáver, yo jamás imaginé que los restos de esa joven descuartizada y arrojada a un matorral, pudiese ser ella. Todos conocíamos a Gisela desde que éramos unos mocosos y sabíamos de su extravagante ritmo de vida, pero estoy segura que ninguno de nosotros imaginó que este sería su final. Gisela le gustaba explorar el mundo de las excentricidades, amaba los tatuajes, pero no fue capaz de hacerse uno sino hasta que cumplió los quince años. Recuerdo que se escapó de casa y su mamá se la pasó toda una tarde buscándola por los predios de la ciudad. Nos había dicho que ese sería su propio regalo de cumpleaños. Era una hermosa y pintoresca rabadilla blanca a quien todos conocían como Golondrina Chilena y aparecía en pleno vuelo con una rosa y su tallo con espinos en su pico. Mi amiga no sabía que sus padres se habían puesto de acuerdo para festejar su cumpleaños en casa junto a sus amigos. Es que Gisela siempre creyó que no la tomaban en cuenta. En realidad era lo contrario. Su mamá estaba muy preocupada con los cambios de estilo y vida en su hija. En su familia nunca hubo miembros de tendencias hippie, rockero y mucho menos como la suya: punk. Siempre escuché que la adolescencia era la etapa más verraca para nosotros los jóvenes, pero no lo entendí hasta el momento en que mi amiga Gisela apareció descuartizada e impregnada de lodo, moscas, gusanas y hasta las horripilantes aves de rapiña merodeando los alrededores, es que de no haber sido porque el desgraciado asesino se tomó la molestia de meterla bajo unos leños secos y otras partes en bolsas plásticas, de esas que el gobierno había prohibido por protección ambiental a Gisela la hubiesen encontrado en los intestinos de los buitres y los animales de monte. A mí se me partió el corazón al escuchar la noticia y por supuesto empalidecí hasta desplomarme cuando llegué al lugar del hallazgo. Es que una siempre tan asomada. ¡Por asomada se lleva vainas! No pude dormir durante muchas noches.

Gisela había nacido en Santiago y era tan bella como yo. ¡Mentira! Yo no era nada hermosa aunque las chicas del colegio solían decir que mi color caribeño y ese acento paisa me hacía ver más bonita. Nos habíamos venido a vivir a nada más y nada menos que a Chile. Era una pelada cuando salimos de Cali y mis padres traían hartas ganas de prosperar. En Colombia las cosas no son tan fáciles y no digamos que acá lo sean, pero las puertas estaban más abiertas para quien quisiera echar adelante y mi familia las tenía. Recuerdo que cuando llegamos a Santiago pasamos nueve horas en carretera para poder llegar a Temuco, Una ciudad de la Araucanía que destacaba por su belleza paisajista. En honor a la verdad, el sur de Chile era para vivir encantado si no hubiese sido por ese desgraciado frío. A pesar de que en Bogotá o en Cali se vivían sus noches de invierno jamás se les comparaba a las temperaturas del sur de Chile. Es que solo a mamá y papá se les había ocurrido irse a vivir nada más y nada menos que al sur del mapamundi, casi que con las morsas y los

leones marinos. Bueno, por esa razón luego de lograr establecernos y arreglar la jodida documentación agarramos maleta y nos fuimos a vivir más al norte. Es que con razón no habían más Colombianos en esa vaina. ¿Quién se iba a aguantar esas heladas? Si hasta los veranos eran fríos en el sur de Chile. Yo era muy joven y no entendía mucho de mudanzas y procesos migratorios, pero lo que sí entendí es que a nosotros los colombianos no nos tenían buen ojo, pero ya explicaré por qué. Durante nuestra estadía descubrí que no había gente más hermosa que la gente del sur, claro también es que el cariño se gana—eso dice mi mamá—y mi familia siempre fue criada por lo derecho. Los valores inculcados en casa, la honradez y la humildad son las llaves más buscadas por todo cerrajero.

Un año después de mi llegada nos fuimos a vivir al norte, a una ciudad llamada Antofagasta. Mamá había escuchado que allá la gente no era muy cordial, pero después de aguantar un crudo invierno concluimos que jamás serían más frías que las heladas. Nos equivocamos. Es más, si toda la gente en Chile fuese tan noble, humilde y humana como la del sur, Chile dejaría de ser uno de los mejores países del mundo para pasar a ser la maravilla mundial, pero bueno, la realidad era otra y como todo buen emigrante había que adaptarse al sistema.

La segunda región de Chile se mostró perfecta a nuestros ojos. Ni siquiera llovía en todo el año a pesar de que las noches y muchas tardes solían ser frías, pero jamás como las del sur. Las casas eran más de concreto, bloque, zinc y claro que las habían de madera, pero en menor cantidad. La ciudad, las calles y las avenidas eran lo más parecido a mi ciudad o a muchos de mis pueblos, así que desde nuestra llegada me sentí a gusto. Allí fue donde comenzó mi amistad con Gisela Navarrete. Me agradó mucho su sonrisa dulce y esos dos huequitos que se le formaba en la carrillera cuando me mamaba el gallo. Tendríamos como diez años. ¿Quién iba a creer que la única pelada que había querido como si fuera mi hermana iba a terminar así? Ni si quiera el Julian Osorio se lo podía creer. Julian Osorio había sido su novio hasta hace unos meses atrás, habían terminado porque se negó a recoger dinero en la calle para irse de gira por la capital. Gisela siempre fue liberal y desde que se había teñido el cabello rosa y se había puesto el piercing en la nariz las cosas entre ellos habían cambiado. Él había sido su primera vez, ella me lo había confesado entre asustada y emocionada por las cosas que decía haber sentido. Yo preferí esperar, no quería precipitarme, además mi mamá vivía sermoneándome a cada rato con eso de no lanzarme a los brazos de la perdición. Me da mucha risa recordarla, pero solía decirme como le decía el papá de Betty la Fea, esa novela que se transmitió en mi país y que pegó tanto entre los televidentes: « ¡Mucho cuidado pues, con dejarse besar, mire que el diablo es cochino! »

